

BIBLIOTECA

J.J. BENÍTEZ

LOS ASTRONAUTAS  
DE YAVÉ



En esta obra el autor nos revela un sinfín de detalles y circunstancias que rodearon la preparación y el propio nacimiento de Jesús y que la Iglesia no ha podido dar a conocer hasta ahora.

¿Quién podía sospechar que Jesús no nació realmente en la aldea de Belén?

¿Cuántos de nosotros sabíamos que los abuelos de Jesús eran de una familia adinerada?

En este torrente de información secreta e ignorada hasta hoy, J. J. Benítez va mucho más allá y expone una hipótesis de trabajo que puede conmocionar los actuales planteamientos teológicos.

## Índice de contenido

Cubierta

Los astronautas de Yavé

Algo así como una «Declaración de principios».

Los preparativos del Gran «Plan»

Sensacionales «Noticias»

1. Los asombrosos y desconocidos evangelios apócrifos.
2. Los evangelistas «titulados» y los «intrusos».  
La profunda confusión  
Vaticano II: El conocido arte de no comprometerse...
3. Los «abuelos» de Jesús: una familia adinerada.  
Otra vez el «Ángel» del Señor  
El «Ángel» se elevó...
4. Tres horas de terror.  
La nave y el tripulante
5. El no menos misterioso embarazo de la «abuela» de Jesús.  
«La encontrarás embarazada»
6. Tres años de lactancia.  
«Alabado sea Dios por no haberme hecho mujer»  
El dilema de la lactancia
7. El «equipo», atento a la niñez de María.  
Otro absurdo
8. Una alimentación especial.

El «fantasma de la desnutrición»

9. La complicada elección de un esposo para María.  
La versión de Mateo  
La versión de Santiago
10. Los «micrófonos» de Yavé.  
La tienda del encuentro
11. Una «nube» que ha sido vista por nuestros pilotos.  
La opinión de la Iglesia  
«Majestad inaccesible» para la «Biblia de Jerusalén»  
«Dios mismo», según Dufour  
«La nube: sólo un velo de Dios», dice Bauer  
Con todos mis respetos...
12. Moisés: Cuarenta días de «entrenamiento».  
Yavé toma posesión del santuario
13. Una delicadísima «misión».  
Algo falló  
Primer paso: Reunir un pueblo  
San Luis. «Era como un Ángel»  
Un concepto llamado «Yavé»  
La alianza y la circuncisión  
La circuncisión: ¿Un nuevo error interpretativo de la Iglesia?  
Tuvieron que hacerlo todo
14. Los «astronautas» preparan el Éxodo.
15. Dos matanzas muy poco claras...  
De nuevo las naves  
El «Milagro»  
Unas densas nieblas  
Otra vez la comodidad de la Iglesia

16. Los «astronautas» perdieron la paciencia.
  - Relato de los enviados
  - Rebelión de Israel
  - Cólera de Yavé
  - Una tierra próspera
  - ¿Una nueva injusticia?
  
17. La anunciación: ¿Un doble «encuentro» con los «astronautas»?
  - El apócrifo de Santiago
  - El apócrifo de Mateo
  - Apócrifo del libro sobre la Natividad de María
  - ¿Por qué dos «encuentros»?
  - Dominio de la telepatía
  - Respeto a la libertad humana, hasta el límite
  
18. ¿Una concepción virginal «controlada»?
  - Algunas hipótesis
  
19. José y María, sometidos a juicio.
  - La mujer: Ciudadana de segunda categoría
  - Las dudas de los teólogos
  - José, ocupado en sus construcciones
  
20. «Apariciones en sueños» y mucho más.
  - ¿Y si hubiera repudiado a María?
  - Todos hablan de los «Ángeles»
  - Los misteriosos «sueños»
  - La prueba del agua
  
21. Antes del parto: ¿Paralización total de la zona?
  - Otra vez los mediocres «reporteros»...
  - ¿Qué ruta siguió José?
  - ¿Llegaron realmente a Belén?
  - Un férreo control
  - ¿Una paralización?
  - El piloto que quedó inmovilizado

- El caso del ebanista-encofrador  
Un campesino igualmente paralizado
22. La cueva, permanentemente iluminada.  
El parto  
Ningún resto de sangre  
Los ginecólogos no saben qué pensar  
Tres «técnicas»... «milagrosas»  
¿Un cambio tridimensional instantáneo?
23. Una nave les guió desde Persia.  
El otro testimonio de Mateo  
¿De la cueva al establo?  
Los escribas: Depositarios del esoterismo  
La matanza de los niños: ¿Otro «cuento» oriental?  
¿Una nave en Persia?  
Un análisis científico
24. «Radiografía» de la llamada Estrella de Belén.  
¿Pudo ser la Estrella de Belén un sol?  
¿Pudo ser un cometa?  
Ni meteoro ni meteorito  
¿Fue la Estrella de Belén una nova o una supernova?  
¿Estamos ante una «conjunción» de planetas?  
Algunos puntos oscuros  
Caminaban de día  
¿Fue la «Estrella» de Belén una nave sideral?
25. Los «astronautas», hoy.

Personas consultadas

Obras consultadas

Autor

Notas

*A Tirma, Lara y Raquel,  
las mujeres de mi vida*

## ALGO ASÍ COMO UNA «DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS»

Supongo que este momento le llega a todo el mundo.

Y aunque debo advertir al lector —no por afán de justificarme, sino por el más estricto respeto a la verdad— sobre mi profunda ignorancia, es tiempo ya de definirme y definir lo que ha ido posándose en mi corazón.

No soy ajeno al negro fantasma del error. Sé que ahora mismo puede estar planeando sobre estas líneas. Pero, a pesar de ello, correré el riesgo.

A estas alturas, y después de dar varias veces la vuelta al mundo, he reunido suficientes pruebas y testimonios como para saber —con absoluta certeza— que los mal llamados ovnis existen<sup>[1]</sup>. Si después de comprobar que han sido filmados, fotografiados, detectados en los radares civiles y militares, que han sido perseguidos por los «cazas» de los Ejércitos de medio mundo, que han sido observados, en fin, por miles de testigos de todas las categorías profesionales y culturales, si después de todo eso y de haberlos visto y fotografiado personalmente no creyera en la realidad ovni, no sería un prudente investigador, como pretenden algunos...

Sería un estúpido de solemnidad.

No voy a cubrirme, por tanto, con frases tan huecas como cargadas del «miedo al qué dirán...». Al menos en aquellas facetas del fenómeno ovni en las que las pruebas cantan. Las hipótesis sobre el origen de estas naves y sobre



las intenciones y objetivos de sus ocupantes es harina de otro costal...

Y he dicho «naves». He aquí un segundo pronunciamiento. El análisis de esos cientos de miles de pruebas — las formas y aspecto de los ovnis, sus bruscas aceleraciones y frenazos, su pasmoso desafío a las leyes gravitacionales, el silencio con que se desplazan y las velocidades que desarrollan, inimaginables aún para la tecnología humana— llevan a cualquier mente medianamente lúcida y racional a una única conclusión: nos hallamos ante máquinas. Súper-máquinas, *quizá...*

Esto es lo que creo: los ovnis —una vez separada la «harina» de los casos auténticos del «salvado» de la confusión y del error— no son otra cosa que «astronaves». Pero ¿de dónde?

Y llegamos al tercer y último postulado. En mi opinión —y a la vista también de los miles de casos espigados en todo el mundo desde hace ya más de treinta años—, esas máquinas o vehículos son dirigidos o tripulados en la mayor parte de los casos por seres de formas antropomórficas. Es decir, y para no andarnos con laberintos, seres parecidos al hombre. En mi andadura tras los ovnis he podido investigar más de 200 casos de personas de toda honestidad que afirman haber visto a estos «tripulantes».

He dicho seres «parecidos» al hombre. Quiero reflejar con ello que, de acuerdo con esos miles de avistamientos, los «pilotos» de los ovnis no son exactamente iguales a nosotros. Varían en sus tallas, volumen craneal, ausencia de pabellones auditivos, movimientos más o menos naturales —siempre sosteniendo como referencia nuestra gravedad—, presencia de escafandras y un largo «etc.».

¿Dónde quiero ir a parar?

Muy sencillo: en base a esas miles de declaraciones de testigos que afirman decir la verdad<sup>[2]</sup>, los expertos e investigadores con un cierto sentido común —y espero encontrarme todavía en dicho «pelotón»— consideran que dichos

«tripulantes» no pueden ser habitantes de la Tierra. Sus características, aun ofreciendo los rasgos y atributos esenciales de la naturaleza humana, no los etiquetan como rusos, norteamericanos, latinos o asiáticos.

¿Qué piloto yanqui se vería obligado a utilizar una extraña escafandra en plena sierra Cespедера, en la provincia de Cádiz? ¿O qué astronauta soviético se movería «a cámara lenta» en mitad de un bosque sueco, a escasos kilómetros de Estocolmo?

¿Es que tenemos noticias de «humanoides» ingleses o alemanes que no alcancen siquiera el metro de estatura?

¿Cuándo se ha conocido en toda la Historia de la Medicina de este astro frío un solo ciudadano «normal» cuyo occipital<sup>[3]</sup> arroje un tamaño triple al de una cabeza estándar?

Y ejemplos como éstos —insisto— se cuentan por miles...

Para una mente sana, racional y lo suficientemente informada, esos seres sólo pueden proceder de fuera del planeta.

Llegados a este punto —y manteniendo siempre el mismo grado de sinceridad—, los investigadores y estudiosos del fenómeno sólo podemos encogernos de hombros.

Es precisamente a partir de aquí cuando —necesariamente— todos elucubramos. Mientras no se registre ese histórico encuentro entre el hombre de la Tierra y los «hombres» que nos visitan, lo más que podemos hacer es teorizar, sospechar, imaginar...

Y en esa órbita me moveré a partir de ahora. Que nadie tome mis palabras como una verdad demostrada. Ni siquiera como una verdad. Sólo me mueve el corazón. Y por encima, incluso, de los sentimientos, el respeto.

Respeto —no docilidad borreguil— a unas tradiciones que, como trataré de exponer, no comparto en ocasiones.

Pero no nos desviemos del sendero principal...

Una vez sentado que los tripulantes de los ovnis no son «terrestres», ¿cuál puede ser su origen?

Un cuidadoso reconocimiento de los más sólidos casos de «encuentros» con estos seres me ha hecho reflexionar sobre una posible doble procedencia.

Al desmenuzar las descripciones de los testigos, uno deduce —casi por pura lógica— que esos tripulantes son de carne y hueso. Me estoy refiriendo a la casi totalidad de los «encuentros».

Todo hace pensar que no son otra cosa que «astronautas» —con o sin cascos espaciales, con o sin las ya esbozadas diferencias anatómicas respecto al hombre, con o sin sometimiento, en fin, a la gravedad terrestre— en misiones específicamente científicas y exploratorias. ¿Por qué si no se les ve recogiendo muestras de cultivos, de minerales, de ganado...? Sólo un afán de conocimiento podría llevarles a sobrevolar las grandes urbes, las instalaciones militares, las centrales nucleares, las más destacadas factorías del planeta, las flotas o los monumentos. A través de este prisma puramente intelectual —posiblemente «universitario»— sí cabe encontrar una razón que satisfaga la lógica humana. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que nuestra lógica sea la de ellos...

Pero, suponiendo que así fuera, esos objetivos «científicos» justificarían de alguna manera sus violentas aproximaciones a turismos, aviones, embarcaciones o sondas espaciales.

A la luz de esta hipótesis, esos cientos —quizá miles— de razas que estamos observando desde hace siglos tendrían sus hogares en mundos básicamente parecidos al nuestro. Es lógico creer que toda esa miríada de seres pensantes y de formas anatómicas iguales o parecidas a las del hombre de la Tierra debe arrancar de astros cuyas condiciones físico-biológicas estén en los límites —más o menos— que conocemos para nuestro propio hábitat.

Si sabemos que nuestra galaxia tiene más de 117 000 años —luz<sup>[4]</sup>, en su longitud máxima, ¿cuántos miles de millones de planetas serán «hermanos» o «primos-hermanos»

de la Tierra? No debemos caer en este sentido en la «mio-pía» o «ceguera» mental de otras generaciones, que, por ejemplo, a pesar de los miles de testigos, rechazaron «que pudieran caer piedras del cielo, por la sencilla razón —esgrimieron los científicos franceses de finales del siglo XVIII— de que en el cielo no hay piedras...».

Y se quedaron tan anchos. Hoy, la presencia de meteoritos no sólo ha sido mundialmente aceptada, sino que, gracias a esas «piedras» siderales, la Ciencia ha llegado al convencimiento de que los «ladrillos» (los aminoácidos) para la «edificación» de la Vida son básicamente iguales en todo el Cosmos.

Entra dentro de lo posible también que parte de esos visitantes proceda, no de nuestro Universo físico y visible, sino de otro o de otros llamados «paralelos», cuya comprensión se hace todavía más angustiosa.

Esos Universos, seguramente, son tan físicos y mensurables como el que apenas conocemos y que nos envuelve. La gran diferencia podría estar —siempre de la mano de la especulación— en el hecho evidente de que no logramos verlos ni registrarlos. Y, sin embargo, como digo, pueden «ocupar» el mismo «espacio» y el mismo «tiempo» que el nuestro —¡cómo limitan las palabras!— aunque sometidos a ritmos o vibraciones atómicas diferentes a las que conocemos.

Por esta misma regla de tres, nuestro Cosmos puede permanecer ignorado para muchas de las posibles civilizaciones que habiten en dichos Universos «paralelos» y que no hayan alcanzado aún el suficiente nivel técnico o espiritual como para «descubrir» esos otros «marcos dimensionales» y «viajar» hasta ellos.

Éste, precisamente, puede ser el «camino» para los grandes viajes interestelares o para pasar de unos a otros universos. Supongamos que una raza ubicada en un Universo «paralelo» alcanza un nivel técnico capaz de detectar otros mundos habitados, pero en un Cosmos como el nues-

tro; es decir, invisible del todo para ellos. Bastaría con hacer «saltar» una de sus naves o vehículos de su marco tridimensional natural al nuestro. Y esos «astronautas» —de carne y hueso— «aparecerían», por ejemplo, en cualquier punto de nuestro Universo, sin necesidad de haberse «trasladado» por el Espacio, tal y como lo concebimos en nuestro cerebro. Para eso, claro está, hace falta un perfecto conocimiento de los llamados «Universos paralelos» y una tecnología tan sofisticada que hoy, en pleno siglo XX, sólo podemos relacionarla con la ciencia ficción.

Pero, salvando las distancias, ¿es que no hubiera sido ficción para Napoleón una visita a cualquiera de los portaviones de la VI Flota USA en el Mediterráneo? Y sólo han transcurrido doscientos años...

¿Qué habría pensado el bueno de san Pedro si alguien le hubiera hablado, no de su silla papal, sino de otra «silla» —la «eléctrica»— capaz de electrocutar a un hombre en un segundo?

Para qué seguir...

¿Cómo podemos hablar de «imposibilidad para salvar tales distancias intergalácticas» si ni siquiera conocemos la naturaleza y estructura de nuestras propias partículas subatómicas? ¿Cómo podemos ser tan insensatos de juzgar lo que no conocemos?

El hecho de que no tengamos la explicación definitiva para el fenómeno ovni no quiere decir que éste no exista.

En cuanto a la segunda gran fuente de origen de estos seres extraterrestres —y también en base a una no menos considerable relación de casos—, creo firmemente en otros «planos» o «realidades» en los que existe una vida pensante. (Si las palabras me limitaban a la hora de interpretar los «universos paralelos», ¿qué puede ocurrirme ahora...?).

«Planos» o «realidades» o «estados» o «Universos» —qué más da la etiqueta que le colguemos— en los que seres inteligentes e infinitamente más evolucionados que el hombre de la Tierra y que los «hombres» quizá de la gala-

xia o de esos mundos «gemelos», vivan bajo formas físicas tan asombrosas para nuestra mente como pueda ser, por poner un ejemplo, la pura energía lumínica o mental. «Seres» quizá no encadenados al torrente del tiempo, como ocurre con nuestra civilización. «Seres» adimensionales tan cercanos, en definitiva, a Dios que sólo podrían ser asociados con el pensamiento o con los sentimientos...

«Seres» que quizá escalaron esa cómoda y desconcertante «vida» después de un largo y penoso proceso de perfección. «Seres» —¿quién sabe?— que quizá fueron creados directamente en dicho estado...

«Seres», en fin, capaces de penetrar en los miles o millones o infinitos «marcos dimensionales» tan ajenos como distantes de su «hábitat» y que, de alguna forma, «tienen encomendados».

No creo que repugne a la razón la existencia de entidades cuyas «estructuras» mentales —otra vez las palabras... — hayan alcanzado niveles tales de perfección que se vean libres de las cadenas que todavía sujetan a formas humanas como la nuestra.

Obviamente —y al estar mucho más cerca de la Verdad que nosotros— esas «civilizaciones» podrían entrar o descender a planetas como la Tierra con objetivos radicalmente distintos a los de la pura investigación o exploración científica.

Su presencia a lo largo de la Historia de una Humanidad como la que está pasando sobre el planeta obedecería, por ejemplo, a necesidades de «rango superior». Estoy más convencido cada día de que nada queda al azar en los «Universos» o en nuestras existencias individuales.

Pero antes de aventurarme en el análisis de esas estrategias o misiones de «rango superior», quisiera ir más allá. Es más que probable que, a partir de unos niveles mínimos en el desarrollo mental y tecnológico de las razas que pueblan los infinitos Cosmos, la intercomunicación sea una realidad igualmente clara y constatable.

Si la espiral de la evolución en cualquier forma pensante —como creo— conduce inevitablemente a una más profunda vinculación con la Fuerza o Energía que llamamos Dios, es casi matemático y obligado que todas esas civilizaciones o seres terminen por «trabajar» con una única y formidable meta: la aceleración del conocimiento de Dios en todos los rincones y en todos los tiempos de la Creación. (Y no puede quedar más lejos de mi mente en estos momentos el pobre y demacrado panorama de un Dios única y exclusivamente clerical o antropomórfico...).

Ese hermosísimo «trabajo» —que quizá lleguemos a comprender algún día y en el que participaremos a nivel cósmico— está siendo desplegado por una legión de seres y entidades, mucho antes, incluso, de que el hombre apareciera sobre la Tierra.

¿Y en qué puede consistir esa «estrategia» o «misión» de «rango superior»?

Por un mero principio de economía estimo que la Creación estará organizada de tal forma que núcleos inmensos de seres sean los responsables de «parcelas» concretísimas. Es muy posible que, las «responsabilidades» aparezcan en razón directa al índice de perfección de tales seres o «paquetes» de seres.

Echemos mano de un ejemplo que, aunque grosero, quizá ilustre lo que intento definir.

Todos somos conscientes del grado de responsabilidad y desarrollo técnico y espiritual que llena nuestro mundo. Aunque nos duela, ese «termómetro» o «radio-faro» de la Humanidad del planeta Tierra arroja una temperatura y unos destellos tan fríos y débiles que sería poco menos que una locura otorgarnos la tutela de una determinada área universal. Tal y como se comporta nuestra civilización, los hipotéticos seres pensantes a proteger recibirían de todo menos ayuda.

Es más. Suponiendo, como supongo, que una de las banderas más respetadas en el orden cósmico es la de la li-